

ALEJANDRO HOROWICZ

LOS CUATRO PERONISMOS

Horowicz, Alejandro
Los cuatro peronismos / Alejandro Horowicz. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
360 p.; 22,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-628-387-8

1. Historia Argentina. 2. Periodismo. I. Título.
CDD 982

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición: octubre de 2015

© Alejandro Horowicz, 1985, 2005, 2015
© De la presente edición, Edhasa 2015
Córdoba 744 2° C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-387-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.

Impreso en Argentina

Índice

Agradecimientos tardíos	9
Advertencia inicial.....	11
La batalla por el sentido.....	13
Capítulo 1. Generales y estancieros.....	17
Capítulo 2. Proteccionistas y librecambistas.....	31
Capítulo 3. El Banco Central y los nacionalistas	39
Capítulo 4. Dos mitos simétricos	47
Capítulo 5. La neutralidad imposible	61
Capítulo 6. Una Yalta local.....	69
Capítulo 7. 1943: Radiografía de un golpe de Estado	77
Capítulo 8. Interludio político: el partido sin Partido	101
Capítulo 9. Perón llega al poder	117
Capítulo 10. 1955: Radiografía del otro golpe.....	167
Capítulo 11. Avanza Rojas, avanza la Libertadora	185
Capítulo 12. Azules y Colorados: la impotencia peronista	205
Capítulo 13. El Cordobazo: la Libertadora hace agua	223
Capítulo 14. La vuelta de Perón. Penúltimo acto	255
Capítulo 15. Muerte y transfiguración.....	285
Epílogo. Veinte años después	321
Apéndice biográfico.....	329
Bibliografía.....	347

Agradecimientos tardíos

Ninguna de las ediciones anteriores incluyó los debidos agradecimientos. Era un olvido voluntario. Veinte años cambian muchas cosas, y este restablecimiento de la memoria no supone ninguna observación sobre la peripecia personal y pública de mis agradecidos, sino un homenaje a la verdad tal cual yo la recuerdo.

In medias res: Silvia Zeigner y Elsa Drucaroff leyeron el original y aportaron valiosas correcciones. Elsa, además, participó junto con Alejandra Ruiz y Claudio Uriarte en la corrección de las trabajosas galeras (pruebas de página de la era anterior a la computación); Uriarte también metió mano en los títulos de los capítulos, pero el título de todo el trabajo fue un hallazgo de Jorge Asís. Y la magnífica ilustración de tapa –el Perón de la primera edición– surgió del lápiz de Hermenegildo Sabat. A todos ellos mi tardío agradecimiento.

Una vez terminado el original, mientras se confeccionaba el objeto libro, un grupo tuvo la generosa disposición de discutir detalladamente el texto. Nos juntábamos los miércoles en El Tortoni y café de por medio, en amable tertulia, lo despellejamos con fruición. Espero que la memoria no me sea infiel, recuerdo en esos encuentros a Carlos Alonso, Elsa Drucaroff, Eduardo Grüner, Jorge Macarz, Julio Sevares y el tempranamente fallecido Norberto Soares. Como es de rigor la responsabilidad final de lo que aquí se dice es completamente mía.

Alejandro Horowicz
Buenos Aires, 11 de marzo de 2005.

Advertencia inicial

La quinta edición de *Los cuatro peronismos*, que usted tiene entre sus manos, respeta escrupulosamente el original, con un agregado: un apéndice biográfico. Tanto la primera edición (Legasa, 1985), como la segunda y la tercera (Hyspamérica, 1986 y 1988), fueron idénticas, en la cuarta (Planeta, 1991) se añadió un prólogo circunstanciado (“La democracia de la derrota”) que en esta edición reemplazo por un epílogo (“Veinte años después”). Un trabajo capaz de asimilar los honores del plagio y 20 años de peronismo sin derrumbarse es posible que tenga algún valor.

Buenos Aires, 11 de marzo de 2005.

La batalla por el sentido

A treinta años de la primera edición, *Los cuatro peronismos* conserva la vertical. No es poco. Tanto que una banda de encantadores comentaristas, de distintas generaciones intelectuales, pergeñó una docena de trabajos que honran el libro¹. No dejo de sorprenderme.

Sobre el peronismo, sobre sus protagonistas, se han escrito bibliotecas enteras y cuando la magia de los números redondos impone el aniversario – 70 años del 17 de octubre de 1945, por ejemplo – la oportunidad de las reediciones impone visitar catálogos. En momentos así queda claro que “son pocos los libros en condiciones de reimprimirse”, como explica el editor de esta versión definitiva, Fernando Fagnani. Las obras que intentan espejar un momento del peronismo tienden a disolver su vigencia en cuanto la realidad se transforma. Construyen representaciones donde los estereotipos reinan. Esos textos no suelen aportar mucho y soportan mal la prueba del tiempo. *Los cuatro peronismos* pareciera soportarla. De tanto en tanto me llegan mails originados en lugares muy diversos donde nuevos interlocutores me avisan que pusieron en marcha esa “máquina perezosa” que, en palabras de Umberto Eco, es un libro cerrado que espera abrirse a la labor del lector. Tomarse el trabajo de hacerla andar requiere razones apalancadas: curiosidad, necesidad, hambre de entender algo de este presente sobre el cual el libro parece seguir diciendo cosas.

La pregunta por el peronismo, para los interesados en la gramática política de la sociedad argentina, resulta insoslayable. Sea para hacerlo responsable de todos los males de la historia nacional, sea para considerarlo una panacea insustituible, todos barruntan que no hay política sin él. En ese punto la explicación sobre la naturaleza del peronismo reviste máximo interés. Se sigue insistiendo en lo que no es pero más que eso, la clave es entender lo diverso que viene siendo. Una fuerza política que cobijó

bajo sus banderas desde el socialismo Montonero hasta el macartismo de manual, desde la concepción de la “patria grande” hasta el nacionalismo más estrecho, no resulta fácil de conceptualizar. Por si eso fuera poco, “Perón o muerte” no fue exactamente una humorada, y si bien los enfrentamientos actuales no recuperaron la virulencia de los años 70, basta leer los comentarios que se exhiben en las redes sociales para constatar que la animosidad no ha precisamente decaído: la bestia conserva parte de su potencia original; Ragnarök (esa batalla del fin del mundo de la mitología vikinga, la que Borges versionó en un texto que, alguna vez confesó, quiso ser una alegoría antiperonista) concita animadversiones que a menudo sus circunstanciales contendientes apenas conocen. Hay algo en la intensidad de ese rechazo que vuelve a tantos opositores encarnaciones ciegas de algo estructural que remite más a un combate ancestral que a lo que está realmente en juego en la sociedad argentina. Las guarradas de la doctora Elisa Carrió, por ejemplo, no hablan de su biografía personal (que por cierto cuenta): son sobre todo una versión particularmente intensa del odio de clase. Del odio que sienten los opresores cuando los oprimidos balbucean su dolor como gesto defensivo.

No me propongo aquí, ahora, responder a ninguno de los planteos que mis inteligentes interlocutores me vienen haciendo desde hace treinta años. No solo porque el libro puede, cuando quien lee tiene esa aptitud, más que su autor empírico (lo cual sería razón suficiente), sino porque los nuevos interrogantes eran imposibles de visualizar mientras yo culminaba el proceso de escritura.

A fines de 1985, cuando *Los cuatro peronismos* se publica, el gobierno de Raúl Alfonsín todavía concitaba expectativas democráticas y el peronismo que por entonces expresaban Carlos Saúl Menem y Antonio Cafiero intentaba, renovación mediante, ponerse a tono con el ciclo socialdemócrata europeo. La caída del Muro de Berlín cambió abruptamente las cosas, las cuales adquirieron, con la implosión de la Unión Soviética, en 1991, un cariz crecientemente conservador. La victoria de USA, la derrota de todas las versiones del socialismo, conformó el nuevo horizonte de esto que llamamos historia universal. En ese marco no se pueden dejar de considerar todas las formas de resistencia, más allá de su aptitud para vencer. Si lo hacemos, corremos el riesgo de exigirle a la historia un protagonista puramente teórico, un *zoon politikon* inexistente.

Una paradoja brutal envuelve el siglo XXI: resolver los angustiosos problemas de la necesidad insatisfecha, en términos materiales, por primera vez resulta posible, existe la tecnología para hacerlo, al tiempo que las explicaciones sobre la naturaleza de los problemas que es preciso enfrentar - tanto objetivos como subjetivos - existen, o existen las herramientas teóricas más precisas y sofisticadas para construirlas. Sin embargo, aunque haya soluciones técnicas a las necesidades materiales de la humanidad y esté detalladamente explicada y demostrada la gravísima amenaza que la tozuda continuidad de la irracionalidad económica capitalista constituye para el planeta, aunque haya conceptualizaciones novedosas, matizadas y sutiles que permiten entender la opresión y las relaciones sociales, la conformación de las subjetividades y el modo en que las afecta lo político, o el modo en que opera el poder, aunque estas teorías tengan una complejidad nueva donde al factor clase social se le suman, con sus especificidades, otros factores también claves para pensar el cambio (como el género o la etnia), nada parece avanzar realmente en una dirección que permita imaginar para la humanidad un futuro más justo. La impotencia de los hombres y las mujeres para entender su propia experiencia, adueñarse del conocimiento en relación con ella y volverlo así instrumento de transformación amigable constituye la nueva tragedia histórica.

Entonces, lo peor que le puede pasar a una buena explicación es terminar resultando “discurso”, ya que nada se vuelve más banal que un buen argumento incapaz de dinamizar la acción. Y esa pareciera haber resultado la tarea de Sísifo en este siglo XXI: construir el sentido de un sinsentido capitalista tenaz.

Alejandro Horowicz
Buenos Aires, agosto, 2015.

Notas

¹ “Los cuatro peronismos, 30 años después” cuenta con la participación de Horacio González, Eduardo Grüner, Elsa Drucaroff y Felipe Pigna, entre otros. Editorial Octubre, noviembre del 2015.

Capítulo 1

Generales y estancieros

I

Hipólito Yrigoyen cayó; la argamasa del arco social que lo había sostenido desde 1916 se deshizo; un golpe de Estado quebró, casi sin resistencia, el gobierno del “hombre más amado y más odiado de su tiempo”.

No era el gobierno el que entraba en crisis, sino la relación umbilical que la sociedad argentina había mantenido con el mercado mundial. Por eso el desplome de Yrigoyen requirió tan poca violencia interna y tanta violencia internacional.

Con un partido descompuesto por 14 años de poder ininterrumpido, sin más horizonte que la próxima renovación parlamentaria, *Yrigoyen constituye un punto de ruptura histórico*. El mundo entero giraba a la derecha, los intereses agrarios debían readaptarse para sobrevivir, y el viejo caudillo demoraba meses en firmar nombramientos, leyes y decretos. La lentitud presidencial simbolizaba la anacronía de su gobierno.

Ya no bastaba redistribuir con mayor o menor generosidad el fruto de la renta agraria. Todo el sistema productivo estaba en entredicho; los ingresos nacionales habían pasado de tres a uno; las exportaciones, mejor dicho el precio de las exportaciones, se había reducido a un tercio. La calidad de vida del bloque de clases dominantes debía acompañar esta rígida ecuación. Reducir el salario obrero era insuficiente, el problema incluía otros ingredientes; *todo lo que se entendía por política económica en el país del centenario mostraba ahora inequívocas señales de muerte*.

Era preciso rediseñar la inserción de la sociedad argentina en el mercado mundial; vender cuero y comprar zapatos equivalía a marchar

descalzos. El país urbano, electoral, cuentapropista, se resistiría; “¿para qué?”, decían, si era posible fabricar zapatos y tal producción alcanzaba el rango de “solución patriótica”.

Pero las clases hegemónicas no aman los experimentos, al menos los experimentos que no controlan directamente. Exigen timonear el aparato del Estado durante la crisis, por eso *el golpe contra Yrigoyen no requirió programa alguno. Es más, no podía tenerlo, bastaba con sacar al Peludo y ver*. Para esa labor el general Uriburu sobra; sus simpatías y antipatías políticas carecían de toda importancia; en todo caso eran las filias de su tiempo.

II

Roca e Yrigoyen proveyeron de nombres propios al modelo nacional que arranca en 1880 y culmina en 1930. Pinedo y Perón, en rigor Justo y Perón, harían lo mismo con el ciclo siguiente. La tentación de encolumnar estos nombres (*Roca-Yrigoyen-Justo-Perón*), aun introduciendo podas circunspectas (*Roca-Yrigoyen-Perón*), incluso afilando el lápiz (*Yrigoyen-Perón*) es grande y poco relevante. Al menos en el sentido que tradicionalmente se otorga a estas seguidillas; *más que proporcionar el hilo de proyectos nacionales crecientemente independientes, muestran la capacidad de hilvanar un país a la medida de los estrechos intereses de su matriz agraria. Un país subordinado y conservador*.

Ésa es la clave que ilumina con sugestivos destellos el conjunto de la sanguinolenta historia argentina. Una historia de exterminio y sometimiento, donde el partido revolucionario, el partido de la transformación social, sólo puede entreverse tras el filo de los golpes del partido contrarrevolucionario. Es que hay clases en lucha, pero no hay lucha de clases.

Conviene examinar esta afirmación. Marx no entiende por lucha de clases sino aquella que libran los protagonistas históricos como requisito de su propia constitución. En ese terreno se ubican el enfrentamiento entre la burguesía revolucionaria y la reacción monárquico-feudal y la del proletariado con la burguesía en su etapa senecta.

Esta diferencia no tiene un mero valor académico, puesto que explica el carácter de la lucha y de los contendientes. La burguesía no puede exterminar al proletariado, porque lo requiere tanto como a su capital; puede derrotarlo,

abarrojarlo, pero no puede eliminarlo. Y esto genera un límite, una barrera intraspasable donde la muerte del antagonista equivale a su propia muerte.

Esto es así en el terreno de la lucha de clases, pero cuando la lucha se dirime entre clases no antagónicas, cuando la vida de la otra no es un requisito de la propia existencia, este límite desaparece. *Por eso el exterminio del otro se constituye en un camino para resolver “definitivamente”, “finalmente”, el conflicto.* Por eso Sarmiento pudo afirmar: “Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos”.

Así Roca, el fundador del moderno Estado nacional, ganó sus jinetas en una guerra de exterminio contra el Paraguay del mariscal Solano López y en otra contra la indiada malonera sin Remington. De los tres movimientos que estabilizaron definitivamente a la clase terrateniente argentina (liquidación de las montoneras federales, guerra contra el Paraguay y campaña al desierto), Roca interviene en los tres como militar activo, para coronar su conducta enfeudando a la nación al interés imperialista británico.

Y esto no debe sorprender en demasía, puesto que se trata de un oficial del ejército del general Bartolomé Mitre. De ese general y de ese ejército proviene la tradición militar nacional (el ejército de línea), porque la otra tradición, la que abreva en San Martín, murió en Ayacucho y fue enterrada por el propio Mitre docenas de veces. La tradición de tacuara y chuza fue derrotada por la tradición de los Remington importados, y la escuela napoleónica de San Martín fue reemplazada por la escuela prusiana.

A nadie se le debiera ocurrir que el carácter de una fuerza armada difiera sustancialmente del carácter de la clase social a cuyos intereses sirve. De la composición popular de las legiones romanas, o de la marina británica en el período de la Revolución Francesa, no se puede colegir su comportamiento político. En todo caso, esta tesis no sería del agrado de los pueblos esclavizados por Roma, ni de Espartaco, ni de los jacobinos franceses (es que los marinos amotinados por una paga inadecuada exigían aumento de salario para lanzarse a la lucha contra la odiada flota revolucionaria francesa).

Los que sostienen que Roca, al federalizar Buenos Aires, pagaba holgadamente sus pecadillos profesionales (después de todo era un militar de carrera) no comprenden la naturaleza del fenómeno imperialista ni la posibilidad de guardar un vino viejo y picado en odres flamantes.

Jorge Abelardo Ramos sostiene que la federalización de Buenos Aires “cierra el ciclo abierto en 1810” al entregar a la Nación el tesoro

que expropiaba la provincia de Buenos Aires: la renta del puerto y la aduana de Buenos Aires. Es cierto que entregaba el tesoro a la Nación, no es menos cierto que con la otra mano se adueñaba de toda la Nación.

La federalización tenía un contenido cuando las únicas tierras en condiciones de colocar su producción en el mercado mundial eran las próximas al puerto. El resto, tierras marginales, sólo podían participar de la bonanza capitalizando industrialmente la renta agraria porteña. Es decir, transformando las ventas al exterior en motor de la producción industrial local.

Pero cuando las tierras improductivas fueron incorporadas al mercado mundial por las vías del ferrocarril británico y francés, cuando el puerto de Buenos Aires se extendió a través del ferrocarril, del que es continuación material, hasta Tucumán y Salta, los dueños nominales de tierras baldías devinieron terratenientes.

Para que no haya lugar a ningún equívoco: la burguesía comercial porteña y los productores agrarios de la provincia portuaria se negaban a nacionalizar el ingreso que era localmente producido antes de 1880. Una vez que el interior exporta, una vez que sus productos pasan por el puerto de Buenos Aires, la renta nacionalizada es en definitiva una devolución de los ingresos exportados por las provincias. Ya no se nacionaliza la renta agraria de la provincia de Buenos Aires, sino *toda* la renta agraria, mejor dicho los ingresos devenidos de la renta agraria. De modo que el conflicto que trababa la federalización desaparece.

Es que el mercado mundial requiere la alimentación barata de sus proletarios, y Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Argentina se la proveen. La “gente decente” que debía sus títulos al buen rey Carlos comienza a parecerse, cada día más, a los estancieros de Buenos Aires, y las únicas diferencias que sobreviven son las diferencias de fertilidad de los suelos.

Para decirlo de otro modo: *la organización nacional es posible y con ella la federalización de Buenos Aires, porque los intereses materiales de la sociedad colonial se homogeneizan lo suficiente. Y es precisamente su homogeneidad (terratienientes en el mercado mundial dominado por el imperialismo) la que define el cambio de contenido de la federalización.*

En todas las batallas anteriores que el interior federal había librado contra el puerto unitario se visualiza *la imposibilidad de una victoria definitiva*. Ni el partido federal podía vencer, salvo episódicamente (en 1820, López y Ramírez; en la década del 50, Urquiza), *porque no expresaba un modo de*

producción superior; ni el partido unitario podía destruir definitivamente los ejércitos montoneros, hasta que los dueños del suelo no transformaran a los combatientes federales en peones y soldados del ejército de línea. Esto es, hasta cuando la renta del suelo, de todo el suelo, no constituyera una clase social única y suficientemente homogénea. Por eso el proyecto de Rivadavia fue derrotado y por eso Urquiza no pudo vencer.

No se trataba tan sólo del carácter secundario del enfrentamiento entre Urquiza y Mitre, de las diferencias menores entre el litoral y el puerto, *sino de los límites del mercado mundial*. Cuando los reclamos de granos y carne comenzaron a sentirse con peso, el torrente inmigratorio, el ferrocarril, en una palabra el *dictat* del mercado mundial, hizo oír su voz. Entonces, las fuerzas centrífugas dejaron de golpear y los terratenientes se constituyeron en clase nacional.

Y allí reposa condensada en una sola frase la tragedia de la historia argentina: *los terratenientes son su clase nacional*. Son lo suficientemente nacionales para impedir que la sociedad argentina constituya un enclave colonial, pero no son lo suficientemente nacionales para impulsar un país independiente. Por eso es posible sostener, epigramáticamente, que *la historia argentina puede reducirse a la historia de la consolidación del dominio terrateniente*. Más aun: *a la historia de la renta del suelo*.

Mientras Mitre, representante de la burguesía comercial porteña, se oponía a la federalización de Buenos Aires con las armas en la mano, Roca lo derrotaba cuando lograba unificar tras su bandera a “los 13 ranchos del interior”, incluida la campaña de la provincia portuaria. Es decir, *Roca vence en tanto representa a los terratenientes de todo el país, y Mitre es vencido y desplazado por su exclusivo anclaje a una clase subrogada*. Los tiempos habían cambiado, y la identificación lineal entre librecambismo comercial y manejo de la renta del puerto no ataba a los comerciantes porteños con su *hinterland* agrario.

La alianza que Moreno había manejado con eximia maestría estalla y de asociados en pie de igualdad con los estancieros de la Pampa Húmeda (mucho más pequeña en aquel entonces) los comerciantes porteños se vieron empujados a un rol subsidiario, y ése y no otro es el ciclo que se cierra en 1880.